

ALFA Y OMEGA



ARQUIDIÓCESIS DE MÉXICO • VENEZUELA • CENTROAMÉRICA • EL CARIBE

28 ENERO 2024

AÑO 10 / N° 04 / TONO 1 / EOTH. 01



DECIMOCUARTO DOMINGO DE SAN LUCAS

Santorial: Efrén el Sirio (justo).

TROPARIO DE LA RESURRECCIÓN Tono 1

Cuando la piedra fue sellada por los judíos y tu purísimo cuerpo fue custodiado por los guardias, resucitaste al tercer día, oh Salvador, concediendo al mundo la vida. Por lo tanto, los poderes celestiales clamaron a ti, oh Dador de Vida: «¡Gloria a tu Resurrección, oh Cristo! ¡Gloria a tu Reino! ¡Gloria a tu plan de salvación, oh único que amas a la humanidad!»

CONDAQUIO DE LA PRESENTACIÓN DE SEÑOR EN EL TEMPLO Tono 1

Por tu nacimiento santificaste las entrañas de la Virgen, oh Cristo Dios, las manos de Simeón bendijiste debidamente, y a nosotros nos alcanzaste y salvaste. Conserva a tus fieles en la paz y auxilia a los que amas porque Tú eres el único que amas a la humanidad.

CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS COLOSENSES (1: 12-18)

Hermanos: Dad gracias con alegría al Padre que nos ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz. El nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados; quien es la Imagen de Dios, el invisible, Primogénito de

toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, sean troncos o dominaciones, sean principados o potestades: todo fue creado por Él y para Él, Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo.

SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

(18: 35-43)

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino pidiendo limosna, al oír que pasaba gente, preguntó qué era aquello. Le informaron que pasaba Jesús el Nazareno, y empezó a gritar diciendo: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!» Los que iban delante lo increpaban para que se callara, pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!» Jesús se detuvo y mandó que lo trajeran y, cuando se hubo acercado, le preguntó: «¿Qué quieres que te haga?» Él dijo: «¡Que vea, Señor!» Jesús le dijo: «Ve. Tu fe te ha salvado». Y al instante recobró la vista, y lo seguía glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, alabó a Dios.

MENSAJE PASTORAL

¡Señor, ten piedad!

El ciego «empezó a gritar diciendo: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!”»

Esta exclamación puede ser entendida como una fuerte reacción natural que surge de la necesidad, la incapacidad y el

dolor. Sin embargo, la expresión «ten piedad» conlleva una mayor fuerza, por lo que goza de un lugar muy privilegiado en la tradición cristiana. Por ello, la repetimos frecuentemente durante los servicios litúrgicos, tres, doce o cuarenta veces. No se trata de una repetición vacía, sino de un «tocar la puerta» insistente, que implica una espera confiada y de una encomienda constante de

nuestra vida —con sus aflicciones y alegrías— en las manos de Cristo nuestro Dios.

Sería propio mencionar el significado que esta expresión tiene en el idioma árabe desde su estructura etimológica: la raíz es el verbo *irjam* de la que se deriva el sustantivo *rájem* y que significa «matriz». En este sentido, «piedad» resulta ser lo que la madre le transmite al embrión: la vida misma. Así, el «apiadarse» no es un simple gesto de solidaridad que pedimos a Dios para nosotros, sino una acción vivificadora integral. No es que le pidamos a Dios mera compasión o lástima por nuestras miserias, sino que actúe en nosotros y nos vivifique santificando, iluminando y divinizando todos los aspectos de nuestra vida. Ésta es la esencia del clamor del ciego.

En el libro de los Salmos se encuentra constantemente la súplica: «Apiádate de mí, oh Dios». La santidad del rey David, autor de los mismos, no se debe a un estado exento de pecado —ya que su vida, en ciertos momentos, había sido manchada con sangre y con actuaciones impías—, sino más bien a su preocupación e iniciativa para advertir sus pro-

pias transgresiones, confesarlas y exclamar con fuerza: «ten piedad de mí, oh Dios, según tu gran misericordia» (Sal 50: 1). Aquel que grita es porque tiene dolor, pero quienes no sienten dolor alguno no necesariamente están sanos, y recordemos que la anestesia sólo hace olvidar el dolor, pero no cura la enfermedad. «Si decimos: “No tenemos pecado”, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia» (1Jn 1: 8-9).

De esta manera, el mayor pecado consiste en que a menudo nos distraemos de la vigilia de nuestra vida y nos adormecemos en la indiferencia y el olvido. Quizá fuera mejor, en todo caso, que cayéramos delante de Dios, que nos postráramos ante Él suplicándole por su misericordia al decirle: «Señor, ten piedad». Es entonces cuando Él, a través del cordón umbilical de nuestra confesión, nos concede sus propios luz, vida y amor verdaderos y fulgurantes que penetran nuestra oscuridad y abren los ojos de nuestro corazón. Amén.

VIDA DE SANTOS

Traslado del cuerpo de san Juan Crisóstomo

Este incomparable maestro recibió después de su muerte el nombre de Crisóstomo, que significa «Boca de Oro», en recuerdo de sus maravillosos dones de oratoria.

Pero su piedad y su indomable valor son títulos todavía más gloriosos que hacen de él uno de los más grandes pastores de la Iglesia.

Las reliquias del santo pasaron treinta años en una iglesia de Capadocia, en un pueblo llamado Komana, donde el gran maestro y santo había pasado tantas pruebas en el exilio.

El 27 de enero del año 438 las reliquias de san Juan Crisóstomo fueron exhumadas y trasladadas a Constantinopla.

El emperador Teodosio II y su hermana, santa Pulqueria, acompañaron la procesión junto al patriarca Proclo, quien había sido su discípulo, pidiendo perdón por el pecado de sus antecesores, que tan ciegamente habían perseguido al siervo de Dios.

El cuerpo del santo fue depositado en la iglesia de los Apóstoles. En nuestra santa Iglesia Ortodoxa, san Juan Crisóstomo es uno de los tres santos patriarcas y doctores universales; los otros dos son san Basilio y san Gregorio Nacianceno.

Iglesia Ortodoxa Antioquena
Arquidiócesis de México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe

Pirules 110, Jardines del Pedregal, 01900, Ciudad de México.

Tel.: +52(55)5652-7772

Fax: +52(55)5652-5433

e-mail: ortodoxia@prodigy.net.mx

Web: www.iglesiaortodoxa.org.mx